

LITERATURA NOVEDAD

«SÓLO LOS FRACASADOS SE HACEN ESCRITORES»

El escritor noruego Karl Ove Knausgård presenta la quinta entrega de su polémica y celebrada serie autobiográfica 'Mi lucha'

MATÍAS NÉSPOLO BARCELONA Cabello y barba color ceniza, azul y penetrante mirada, sonrisa presta y un arrugado rostro expresivo, hinchadas manos de granjero y más de un metro noventa centímetros que intimidan. Así es el hombre del que hablan todos los suplementos literarios del mundo desde hace más de un lustro, pero quién es en realidad el noruego Karl Ove Knausgård (1968), probablemente ni él lo sepa, ni pretenda siquiera. Porque las 3.600 páginas de los seis volúmenes de *Mi lucha*, las novelas sin ficción que lo han convertido en «el mayor fenómeno literario escandinavo de las últimas décadas», según su editor Jorge Herralde, van de eso: «Del tema de la identidad. Todo ha sido una lucha entre la percepción que tengo de mí mismo y la idea que tengo de mi padre», confiesa.

La historia es sencilla, la figura de un padre feroz, alcohólico y autoritario, marcó a Karl Ove desde siempre. Cuando murió el escritor ya había abandonado el rol de hijo a su vez y se enfrentó a sus fantasmas. «Con la crisis de los 40 muchos se compran un kayak o una bicicleta, yo me había convertido en padre a mi vez y me puse a escribir sobre la masculinidad, sobre quién eres realmente tú y qué papel tienes que representar». Explica. De ahí surgió el primer volumen, *La muerte del padre* (en noruego se titulan simplemente *Min Kamp*, numerados sin subtítulo). El

proyecto de gran novela sin ficción creció desbocadamente en apenas dos años, de 2009 a 2011, y no sólo lo convirtió en una suerte de Marcel Proust del siglo XXI, sino que desató la polémica en su país, entre los ataques de la familia por sus indiscreciones y la de muchos críticos que pusieron reparos a la crudeza de sus confesiones.

Ahora presenta en Barcelona la quinta entrega en castellano *Tiene que llover* (en Anagrama y como *Dies de pluja* en catalán en L'Altra Editorial), invitado a la programación continua de Kosmopolis, en el CCCB, donde ayer brindó un diálogo con el periodista Antonio Lozano. En el camino Karl Ove se convirtió en una celebridad en el doble sentido, entre las traducciones y el reconocimiento en el extranjero, y «el infierno» de las polémicas generadas en su país a casusa de los ataques de su familia. «Me cortaba el pelo o me compraba una casa y salía en la prensa», recuerda el escritor que aún hoy es pasto de los rotativos sensacionalistas, que reflejaron en noviembre pasado su separación de su segunda mujer, Linda, con la que tiene cuatro hijos. «Cuando tú mismo abres las ventanas de tu intimidad, resulta luego muy difícil saber cuál es el territorio de la literatura y cuál el de la esfera privada», reconoce.

Lo cierto es que los conflictos con su familia aún perduran y sus ataques llegaron incluso a hacerlo du-



El escritor Karl Ove Knausgård en el CCCB. ANDREU DALMAU / EFE

dar. «A lo mejor mi padre no estuvo dos años en una clínica de rehabilitación sino unos meses, quizá no murió por el alcohol sino de un ataque al corazón, como ellos decían. Tal vez me engañaba y mentía para ganar dinero, como me acusaban; hasta que una persona que atendió a mi padre en una ambulancia me confirmó que aquello no sólo era como lo contaba sino mucho peor», explica.

En todo caso, lo que llama la atención de su gesta autobiográfica no sólo es brutal honestidad e impudor con el que Karl Ove se disecciona a sí mismo y a los suyos, sino también el hiperrealismo de su estilo diáfano y vivo, sin estridencias sintácticas ni complicaciones retóricas, que muchos críticos identifican a la escritura automática. Y llama la atención porque en *Tiene que llover* confiesa de arranque –como había hecho en el volumen 3, *La isla de la infancia*– que no recuerda nada de aquella época más que algunos *flashes*. Son los años de formación de Bergen, de 1988 a 2002, en los que asistió a la Academia de Escritura y los de sus fracasos en todos los frentes: en lo sentimental, en lo social, en lo literario. «Sólo los fracasados se convierten en escritores», reconoce ahora y no bromea.

«CUANDO ABRES LAS VENTANAS DE TU INTIMIDAD, RESULTA DIFÍCIL SABER QUÉ ES LO LITERARIO Y LA ESFERA PRIVADA»

«Un escritor no nace, sino que se hace. Este libro es la descripción de ese proceso», señala, también de la difícil relación con su hermano mayor, y la novela que hubiese querido escribir entonces con 20 años, pero que pudo hacerlo finalmente a los 42. Para entonces ya había estallado la polémica con su familia por las dos primeras entregas.

Peter Weiss (1916-1982) fue alemán y esencialmente un hombre inquieto y rebelde, en lo personal tanto como en lo literario. Le hizo mundialmente famoso una obra de teatro –teatro dentro del teatro– donde los locos del manicomio de Charenton (entre ellos el ínclito **marqués de Sade**) representan la muerte del ciudadano **Marat**, la célebre *Marat/Sade* (1963) de título abreviado.

Los padres de Weiss, nacido en Postdam, huyeron del régimen nazi pasando por Londres y Checoslovaquia, antes de terminar en Suecia, que se convirtió en la segunda patria del escritor y en cuya lengua escribió una parte pequeña de su obra; básicamente teatro, pero también novelas, relatos, una o dos obras autobiográficas, entre ellas esta *Adiós a los padres* (1970) que acaba de sacar en



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Peter Weiss y los padres

español Alpha Decay, e incluso cortometrajes como el notable *El estudio del Doctor Fausto*, de 1956. Su gran novela, *La estética de la Resistencia*, publicada en tres tomos entre 1971 y 1981, narra la rebelión de los humildes y desfavorecidos como una

causa y seña primordial del siglo XX...

Adiós a los padres es un texto autobiográfico, escrito sin puntos aparte ni separaciones, en parte para acentuar la sensación de confidencialidad de algo que brota del interior como un caudal, pero también –modas de la época aparte– para poder introducir brotes líricos en un relato que nunca es meramente lineal y que no sólo trata de los padres –con cierta dureza– sino de un mundo infantil o púber lleno de represiones e incomunicación básica, como no era infrecuente en la época.

Los padres de Weiss no son especialmente terribles, más bien al contrario, pero parecen no poder romper los moldes que la sociedad les atribuye. El padre –serio, eficiente– tiene que cuidar que el hijo crezca recto y dejar sus sueños, aparentemente imposibles, algo que la vida práctica desdeña. El padre intenta que Peter no busque escribir ni pintar, porque esas cosas no llevan muy lejos. El padre no es tan duro como parece, pero tiene que resultar respetable, lo que hace que inevitablemente el hijo lo vea lejano y frío. Y algo más grave: una persona con la que nada tiene que hablar.

Al lado, la madre juega un papel semejante y opuesto, la mamá es tierna y amante con

sus hijos, pero en ningún momento puede desautorizar las categorías paternas, por lo que de nuevo se vuelve –más blanda– una figura hermética, sin discurso y llanamente obediente. ¿Qué puede hacer un hijo, inquieto, que se siente atado y sujeto (también viéndolo ya en Londres) por una educación que tiene que ser básicamente coercitiva, en un momento como escribe el propio Weiss en que «toda mi vida consistía en andar a tientas y buscar». ¿Qué camino tomará ese muchacho y en seguida joven, al que precisamente es la búsqueda lo que le vetan e impiden?

El resultado de una infancia imposiblemente feliz por represiva, sólo puede ser el *adiós a los padres* –unas figuras a las que nunca comprendió– huir del hogar paterno, huir de la infancia y de la adolescencia, precisamente para ser libre, «en busca de una vida propia». Leyendo este texto rebelde que no ha perdido vigencia, uno comprende la sentencia de Freud, en apariencia dura: «Una persona madura es la que ha conseguido perdonar a sus padres». Me parece que el inquieto Peter Weiss intentó precisamente eso.

LA EDITORIAL ALPHA DECAY RECUPERA EL TEXTO AUTOBIOGRÁFICO 'ADIÓS A LOS PADRES' DEL AUTOR ALEMÁN